

7423

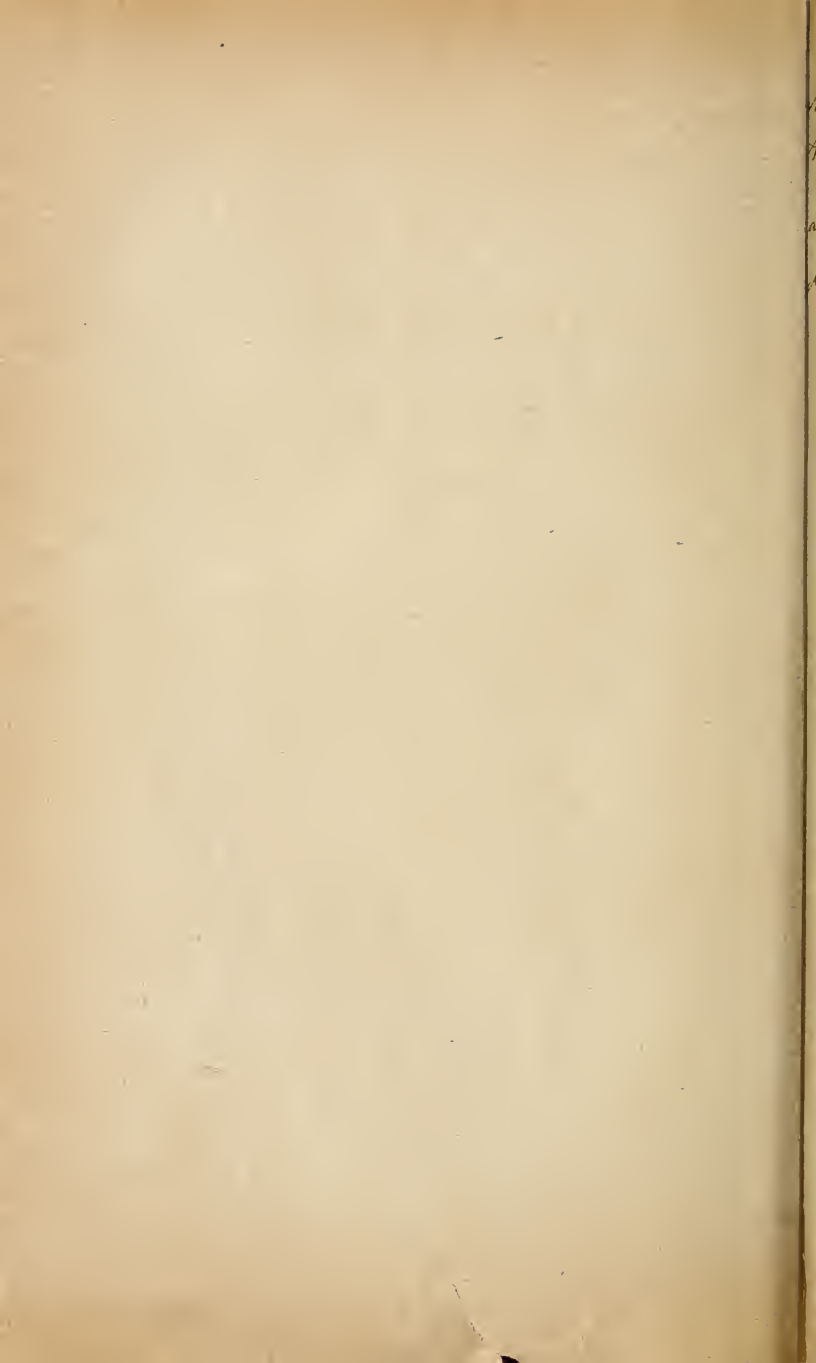
Muerte

Cans

n







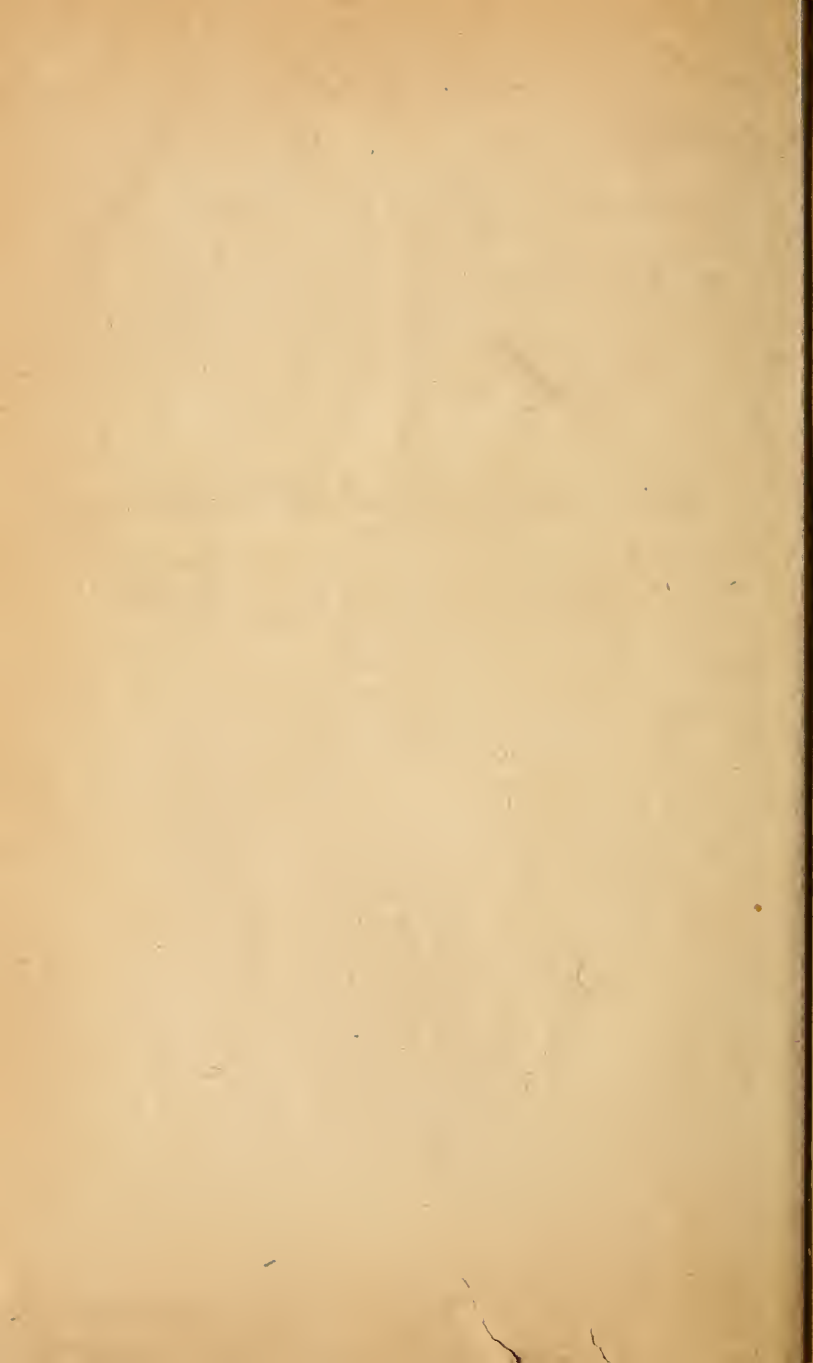
A la eminente actriz D. Carmen  
Argüelles,

admirable intérprete del papel  
de "Lucrecia".

Su afmo. y verdadero amigo

Leopoldo Cano

---



# LA MUERTE DE LUCRECIA.

CUADRO TRÁGICO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

**LEOPOLDO CANO MASAS.**

Representado por primera vez en el Teatro de Calderón de la Barca de Valladolid en la fiesta literaria y artística celebrada en la noche del 29 de Setiembre de 1884.

---

PRIMERA EDICIÓN COSTEADA POR EL EXCMO. AYUNTAMIENTO COMO  
DEMOSTRACIÓN DE GRATITUD Á SU AUTOR.



VALLADOLID:  
IMPRENTA, LIBRERIA Y ALMACEN DE PAPEL,  
**de Hijos de J. Pastor.**  
CANTARRANAS, 26.  
1884.

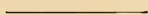




Á LA EXCMA.  
CORPORACIÓN MUNICIPAL  
DE VALLADOLID.



Este es un ramo de silvestres flores  
que hallé, de niño, en tierra castellana  
teñidas del color de la vergüenza  
al pié del rollo y cerca de una estatua.



Con sangre de los mártires nutridas  
crecieron tristes, derramando lágrimas;  
entre ellas va mi honrado pensamiento;  
protéjale el escudo de mi pátria.

**Leopoldo Cano.**

# REPARTO.



## PERSONAJES.



## ACTORES.



<i>Lucrecia.</i> . . . . .	SRA. ARGÜELLES.
<i>Lesbia.</i> . . . . .	STA. ROMERO.
<i>Glauca.</i> . . . . .	SRA. GUERRA.
<i>Lucio Junio Bruto.</i> . .	SR. BUENO.
<i>Séptimo Lucrecio.</i> . .	» VALERO.
<i>Colatino.</i> . . . . .	» PEÑA.
<i>Un Edil.</i> . . . . .	» NEIRA.
<i>Publio Valerio.</i> . . .	» BENAVIDES (D. JUAN.)

*Lictores.*

La escena es en Colacia, morada de Lucrecia y Colatino, situada en los alrededores de Roma.

(Año 509 antes de Jesucristo.)



## ACTO ÚNICO.

Habitación de Lucrecia en Colacia. A la derecha, en primer término una puerta y, en segundo, un lecho de la época. A la izquierda, otra puerta y una ventana. En el foro la puerta principal del atrio. Un ara delante de una estatua de los Penates; una pannonia; un tripode y sillas.

Todo dispuesto como lo está en el célebre cuadro de Rosales titulado: LA MUERTE DE LUCRECIA.

### ESCENA I.

**Lesbia**, mirando por la puerta de la derecha. Después **Lucio Junio Bruto**.

LES. ¡Allí está triste, sombría,  
imponente, muda, airada  
como la nube siniestra  
que en las tormentas se rasga  
para dar á luz el rayo  
que la quema las entrañas!  
¡Lucrecia! Casta matrona,  
pura flor embalsamada  
que, en manos de la impureza,

dobló su corola pálida,  
no te dará nueva vida  
el rocío de tus lágrimas,  
mas puede erguirse tu tallo  
si le riega la venganza!

BRUTO (Llega por la puerta del foro.)

¡Lesbia!

LES. ¡Junio!

BRU. Yo, sí. El loco

ó *el bruto*, como me llama  
esa plebe que se ríe  
al mirar la torpe máscara  
que encubre mi odio implacable  
al tirano de la pátria!

LES. ¿A qué vienes?

BRU. Aun lo ignoro.

LES. No sé que hallo en tu mirada.

BRU. ¡Destellos de mi cariño;  
sombras de desconfianza!

LES. ¿Dudas?

BRU. Si; y desde que dudo  
de tu amor, no creo en nada.

LES. Eres injusto.

BRU. Ese afecto  
es una flor solitaria  
que ha germinado en la arena  
del desierto de mi alma,  
y hasta el áura me da celos  
si la besa enamorada.

LES. Yo te juro...

BRU. Antes que jures,  
quiero que me escuches.

LES. Habla.

BRU. Por esa vía Latina  
 de sepulcros adornada,  
 donde yacen olvidados  
 los mártires de la pátria,  
 lentamente desde Roma  
 me dirigía á Colacia  
 cuando en su trono de nubes  
 se erguía la aurora plácida  
 trocando en sangrienta púrpura  
 girón de fúnebre gasa.  
 ¡Aun los ecos de la orgía  
 por el aire resonaban  
 de esa Roma, vil rebaño  
 de siervos y mercenarias,  
 que flagela el Rey Tarquino  
 como á miserable esclava!  
 Yo no sé qué iba pensando,  
 que mis manos se crispaban  
 al ver escrita con tumbas  
 la excelsa historia romana  
 en medio de un pueblo esclavo  
 cuyo símbolo fué un águila  
 y cuya gloria se esconde  
 en las urnas cinerarias...  
 Llegué al pórtico, abismado  
 en el piélago de mi alma,  
 y esperando á que salieras  
 descansé sobre las gradas.

LES. (Aparte.) ¡Todo lo sabe!

BRU. De pronto,  
 oigo cerrar á mi espalda  
 la puerta del átrio, y cruzan  
 ante mí dos sombras rápidas,

como de dos malhechores  
ladrones de oro... ó de fama,  
mientras vibran en mi oído  
estas frases que me espantan:  
«Mi amor triunfó de su orgullo;  
»de su hermosura mi audacia.»

Esas palabras denuncian  
toda una historia de infamia;  
y cuando, loco de enojo,  
lanzando un grito de rabia  
quiero sepultar mi hierro  
en la maldita garganta  
del que pregona esa afrenta,  
la luz sangrienta del alba  
alumbra sobre su frente  
una diadema, cuajada  
de perlas, que á los reflejos  
resplandecen como lágrimas.  
¡Era Sexto, el heredero  
de esa hiena coronada  
que deja un charco de sangre  
adonde imprime la planta!

LES. ¿Y bién?

BRU. Solo dos mujeres  
en los lares de Colacia  
pudieron deshojar flores,  
de la impureza en el ara;  
la esposa de Colatino  
y tú, Lesbia: ¿entiendes?

LES. ¡Calla!

Si con sospechas me ofendes,  
¿por qué de amores me hablas?  
Pronto has de saberlo todo.

BRU. Pronto es nunca cuando se ama.  
La prueba de tu inocencia.

LES. Que aun aliento. ¿No te basta?

BRU. Mi amor dice que no mientes  
y mis celos que me engañas.

LES. Si tienes amor, no dudes:  
si dudas, no ofendas ¡mata!  
que las manchas de la honra  
con ultrajes no se lavan.

BRU. ¿Acaso Lucrecia...?

LES. Mira (Señalando hacia la  
puerta de la derecha.)

una mujer desolada,  
hermosa como la aurora  
y triste como una lágrima.

BRU. ¿Ella! ¡Horrible desventura!  
¡Mayor será la venganza!

LES. Escucha. Al castro de Ardea  
donde Colatino se halla,  
mientras le roban la honra,  
peleando por la pátria,  
ha partido un mensajero  
veloz como la desgracia,  
á suplicarle que venga  
sin decirle lo que pasa.  
Otro ha mandado Lucrecia  
á su padre.

BRU. ¡Desdichada!  
¿Qué medita?

LES. ¿Quién se asoma  
á los abismos de su alma?  
Su horrible calma da miedo  
y da frio su mirada!  
Pronto, Junio, torna á Roma:

recorre vías y áreas;  
y, en las Termas, en el Foro,  
y en todas partes, proclama  
que, sobre esta casa, el crimen  
tendió las siniestras alas.

BRU. ¡Eso es pregonar la afrenta!

LES. Así Lucrecia lo manda.  
Vete al punto, y torna presto  
que el corazón nunca engaña;  
y el mio, con rudo embate,  
algo terrible presagia.

BRU. Al pié de un trono sangriento  
yace Roma aletargada;  
mas, si mi acento iracundo  
consigue excitar su saña,  
ha de despertar rugiendo  
como el huracan del Atlas.  
(Entregando á Lesbia su anillo.)  
Conserva, Lesbia, este anillo  
que te pediré ante el ara.  
Fué de mi padre y recuerda  
una estirpe soberana  
que me ha dejado el terrible  
legado de una venganza.

LES. Parte, Junio.

BRU. Pronto vuelvo.  
si me sigue un pueblo en armas.  
¡Sinó,... acuérdate del pobre  
demente que te adoraba!

(Vase por la puerta del foro.)



ESCENA II.

**Lesbia.**

Ya se aleja.... Tengo miedo.  
 Este silencio me espanta.  
 Pronto vendrá Colatino,  
 Nada se oye.... ¡Cuánto tardan!

ESCENA III.

**Lesbia y Lucrecia.**

LUC. (Dentro.) ¡Lesbia! ¡Socorro!

LES. ¡Es ella!

(Sale Lucrecia por la derecha manifestando grande agitación y como huyendo de un ser invisible.)

LUC. ¡A mí!

LES. ¡Ten calma!

LUC. ¡Allí estaba.... enroscada sobre el lecho  
 de blancas azucenas adornado!

LES. ¿Qué ha sido?

LUC. ¡Una serpiente! ¡Aquí... en mi pecho  
 imprimió un beso aleve, torpe, helado!

LES. ¿Dónde está?

LUC. (Con vaguedad.) ¿Qué se yo? Dentro del alma.

LES. ¡Espantoso delirio!

LUC. ¡Calla! ¡Calla!

LES. Vuelve en tí.

- LUC. Ya resuena  
 el bélico estridor de la batalla....  
 El foso de cadáveres se llena  
 y, en un lago de sangre generosa,  
 avanza Colatino á la muralla.  
 ¡Qué furioso tropel!... Ese rugido  
 es el grito de guerra prorumpido  
 por el guerrero rudo  
 que nunca cede y, si se siente herido  
 en el pecho desnudo,  
 muere de pié y, al desplomarse yerto,  
 cae sobre el escudo  
 de su enemigo muerto.  
 ¡Allí vá! Ancho camino  
 en un bosque de hierro abre su espada.  
 ¿Quién es ese guerrero  
 que subió á la muralla aportillada  
 de todos el primero?  
 ¿Es el dios iracundo de la guerra?  
 ¡No!... ¡Es él! ¡Es él! Mi esposo... Colatino.
- LES. ¡Lucrecia!
- LUC, (Exaltandose poco a poco.) ¡Si, yo soy! Ven, dueño amado,  
 en alas de tu gloria;  
 que, al cortar el laurel de la victoria  
 para adornar tu frente,  
 he visto entre las flores enroscado  
 un áspid venenoso  
 con la mirada ardiente.  
 ¡Acude! Ven; que el lecho del esposo  
 ha sido profanado.  
 El áspid ha subido  
 traidor y cauteloso,  
 y la casta matrona, desolada,

al oír el silbido  
 del reptil alevoso,  
 se halló de torpes lazos rodeada  
 al pálido fulgor de la alborada!  
 ¡Acude, Colatino idolatrado,  
 veloz como la idea!...  
 Ya, en ráudos giros, arrebatada el viento  
 de la cuadriga el abrasado aliento.  
 ¡Colatino!... ¡Su espada centellea!...  
 Miradle..... ¡Ya ha llegado!  
 ¡Pero es muy tarde! El áspid me ha mordido,  
 y el esposo ofendido,  
 al ver sobre su lecho amancillado  
 mi cadáver helado,  
 con furia pisotea  
 el lauro inmarcesible del soldado.

LES. ¡Delira!

LUC. (Señalando.) ¡Mírale! ¡Pronto, una espada!

LES. ¡Vuelve en tí!

LUC. ¡Colatino!... ¡Allí!... Ya es tarde.

¡Huyó el áspid cobarde  
 y me ha dejado el alma envenenada!

¿Oyes esa espantosa carcajada?

Esa es la plebe; y con placer salvaje  
 se burla de mi ultraje.

LES. ¡Lucrecia infortunada!

LUC. Véngate de esa turba despiadada.

que yo reirme quiero.

Ja! ja! ja! ja!

(Lanza una carcajada histérica y cae desvanecida sobre  
 una silla.)

LES. ¿Qué tienes?

LUC. (Transición.) ¡Que... me... muero!  
 (Queda inmóvil por un momento.)

LES. ¡Socorro!... ¡A mí!... ¡Lucrecia!... ¡No me mira.  
y su mano está helada!...

Nadie acude.... ¡Parece que respira!...

¡Salvad á esta mujer infortunada!

¡Oh, dioses! Mas ¿qué digo? ¿No es locura  
desearla la vida?

Si en el mundo se sufre y no se olvida,

¿qué más próspera suerte

que dormir en los brazos de la muerte?

LUC. (Volviendo en sí.) ¡Ay de mí!... ¡Tú?...

LES. Yo soy... Lesbia, señora,  
que teme por tu vida.

LUC. ¿Tú, traidora!

¿Tú deseas que viva? ¡Si, tú eres!

¿Cuántos sextercios quieres

por tu llanto fingido?

LES. ¿No me conoces?

LUC. Si. Te he conocido,

Lesbia. ¿Qué otra mujer desearía

prolongar mi existencia y mi agonía

sinó la que ha vendido

la honra de mi esposo y mi decoro;

como vil mercancía,

por un puñado de oro?

LES. No es cierto. Te lo juro.

LUC. ¡Si el liviano

te hubiese dado el oro enrojecido,

contestaría tu abrasada mano

al lábio fementido!

¿Dónde estabas anoche? ¿No has oído

mi acento desolado

que imploraba socorro?

LES. No. Dormía

con un sueño penoso y obstinado,  
 (acaso por un filtro producido)  
 que imágen de la muerte parecía.

LUC. ¡Un filtro?... ¡Un sueño?... ¡Inoportuno ha sido  
 tu sueño inesperado!

¡Para cuidar mi honra, te has dormido!

¡Para ver mi desdicha, has despertado!

LES. Reprime tus enojos

y escúchame un momento.

(Ofreciendo á Lucrecia un puñal que coge de la panoplia.)

Toma este hierro. Mátame si miento,

y moriré sin exhalar un grito.

LUC. Habla, sí; pero mírame á los ojos,

que quiero ver si leo

en el fondo del alma tu delito;

mas no así. ¡De rodillas, como reo!

(La coge un brazo obligándola á arrodillarse.)

LES. ¡Piedad!

LUC. ¡No la merece tu impudencia!

Piedad, al que ha ofendido,

inspira el criminal arrepentido,

pero no cuando encubre su semblante

la máscara falaz de la inocencia.

(Lesbia estiende las manos hácia Lucrecia como implorando perdón.)

¿Qué es esto? ¡Maldición! ¡Oh! ya es en vano  
 el torpe fingimiento.

¿Quién te ha dado esa joya?

(Por el anillo que Bruto dió á Lesbia.)

LES. ¡Fué mi amante!

LUC. ¿Y tienes por amante un soberano!

LES. ¡Oh, qué funesto error!

LUC. Pues has mentido

y el crimen dejó huellas en tu mano,

lee sobre ella tu sentencia, escrita  
 en la imágen maldita  
 grabada en ese anillo. Eres culpable.  
 (Coge el puñal y la amenaza. Lesbia forcejea por desasirse.)  
 ¡Vas á morir!

LES. (Gritando.) ¡Socorro!  
 LUC. ¡Me has vendido!  
 LES. ¡Favor!  
 LUC. ¡Calla!  
 LES. ¡Piedad!  
 LUC. ¡No la has tenido  
 de mí!  
 GLAU. (Dentro.) Lesbia!  
 LUC. (Aparte á Lesbia.) ¡Silencio, miserable!  
 Vete.  
 (Vase Lesbia por el foro.)

## ESCENA IV.

### Lucrecia y Glaucia.

GLAU. ¿Qué ocurre? Un grito penetrante  
 oí desde la vía y, alarmada,  
 he llegado hasta aquí, Lucrecia amiga.  
 LUC. ¡Amiga!  
 GLAU. Dí; ¿qué ha sido?  
 LUC. Que esa esclava  
 me ofendió y castigaba su insolencia.  
 GLAU. Perdónala.  
 LUC. ¿Perdon!... ¿Dónde ibas Glaucia?  
 GLAU. Al circo, adonde acude Roma entera.

LUC. Roma jamás de sangre se vé harta.

GLAU. Hoy se trata de un acto de justicia que la vindicta pública reclama.

LUC. ¡La justicia! Esa rígida matrona se ha trocado en impura mercenaria y, envuelta en los girones del decoro, ofrece su hermosura á quien la paga. ¡Justicia... en Roma? Para que los dioses impusieran castigo á vuestra infamia, era preciso que de cien volcanes subiera al cielo incandescente lava y, sobre Roma, con horrible estrago descendiera en hirviente catarata. Y ¿quién hace justicia en Roma? Dime.

GLAU. Pues qué, ¿lo ignoras?

LUC. Si lo sabes, habla.

GLAU. Tarquino el Grande.

LUC. ¡El grande?

GLAU. Mucho.

LUC. ¡Mucho?

¿No cabrá en un sepulcro el *gran* monarca? (Pausa.)

Alma implacable, corazón helado,

la faz cubierta de impasible máscara

mientras surgen del mar de las pasiones

hirvientes olas que rugiendo estallan,

ese pigmeo, que á gigante aspira,

de torvos ojos y de frente pálida,

al resplandor siniestro de la hoguera

y entre el rudo estridor de cien batallas,

bajo el régio dosel de Servio Tulio

rodeado de impuras cortesanas,

yace entre flores, como sierpe aleve,

hollando perlas y arrancando lágrimas.

Es Tarquino el Soberbio, es un tirano.....  
¡y Roma le merece, pues le aguanta!

GLAU. ¡Deliras!

LUC. ¡Pobre Roma! Era un coloso  
á cuyos piés el mundo se postraba  
cuando, ciñendo la triunfal diadema,  
sobre carne enemiga clavó el águila,  
¿Qué nos queda de Roma? Sólo ruinas  
en un lago de sangre, donde se alza  
fatídico y soberbio el Capitolio,  
porque un rayo del cielo no le abrasa;  
y aquí, dentro del muro, un regicida  
que ciñe la diadema consagrada  
y un enjambre de histriones y ramera  
que se duermen exánimes de crápula,  
¡hasta que el extranjero les despierte  
escupiendo en su frente sonrojada!  
¡Roma no es el gigante cuya sombra  
se extendía del Indus hasta el Atlas;  
es el árbol caduco que se muere  
porque tiene roidas las entrañas!

(Se oye como una explosión de gritos lejanos y toque de clarines.)

GLAU. Escucha. En el vecino Anfiteatro  
vá á correr un raudal de sangre humana.

LUC. ¿Por qué razón?

LUC. Ante el Senado, un siervo  
que vestía la clámide de Esparta,  
denunció á la familia de un patricio.

LUC. ¿Cuál fué el delito?

GLAU. Mutilar la estatua  
de la mujer del rey.

LUC. ¿Y ese es un crimen



que merece la muerte!

GLAU. El rey lo manda.

LUC. ¿Todos fueron culpables?

GLAU. Uno solo.

LUC. ¡Y toda una familia es inmolada?

GLAU. Ya hicieron la señal. Pronto en la arena.

lucharán con dos hienas de las Galias.  
Un gladiador, por orden de Tarquino,  
con sangre fresca roció la jaula.

LUC. ¡Sangre? (Estremeciéndose.)

GLAU. Sí; de los restos palpitantes  
de una res que, indefensa, fué inmolada  
para que, ante esa víctima, en las hienas  
los salvajes instintos despertáran.

LUC. Vete. (Pensativa.)

GLAU. ¿No vienes?

LUC. No.

GLAU. Volveré pronto.

¿He de verte?

LUC, (Sombria.) Es posible.... si no tardas.  
(Vase Glauca por el foro.)

## ESCENA V.

### Lucrecia.

¡Por mutilar una mujer de piedra  
vá á desaparecer toda una raza  
y eso que era incestuosa y parricida  
la que en el mármol duro fué adulada!  
¿No vale más que un risco un sér que alienta?

¿Una matrona, es menos que una estatua?  
 ¡Mayor castigo mereció el aleve  
 que ultrajó mi pureza inmaculada!  
 Mas ¿quién me hará justicia si el Senado  
 ante Tarquino su decoro arrastra?  
 ¡Pueblo romano! ¿Cómo tu justicia  
 ha de llegar al sólio del monarca  
 si hoy vaga impune el malhechor cobarde,  
 liberto vil, encubridor de infamias?  
 ¿Dónde hallar un verdugo para Sexto?  
 ¿Dónde una hiena?... (Se oye el rumor del pueblo que  
 está en el Anfiteatro.) ¡Oh, rayo de esperanza!  
 ¡Clamores de alegría ante la sangre?  
 ¡Sí: ya tengo el verdugo que buscaba!  
 Esa plebe feroz que al circo acude;  
 esa será mi hiena sanguinaria.  
 ¡Sí! ¡El pueblo que con sangre se divierte,  
 solo para verdugo se prepara!  
 Tarquino dió el ejemplo. Sangre fresca  
 riegue el cubil donde la fiera aguarda.  
 ¡Yo, pidiendo esterminio, ante la plebe  
 con sangre mia regaré la pátria!  
 (Vase por la derecha.)

## ESCENA VI.

**Lesbia**, por la izquierda; después **Junio Bruto**.

LES. Ya se aleja.... Es necesario  
 abandonar esta casa.  
 ó morir como culpable

con la inocencia en el alma.

Es estéril sacrificio

¡Huyamos!

(Se dirige hácia el foro por donde llega precipitadamente

L. Junio Bruto.)

BRU. ¡Lesbia!

LES. ¿Tu?

BRU. Calla

y escucha, que el tiempo vuela  
y la traición amenaza.

Al llegar cerca del puente  
que sirve á Roma de entrada,

arrojé un *as* á un mendigo

que al caballo se avalanza,

rogando que me detenga

con el gesto y la mirada.

«Favor por favor—me dice:—

»Vuelve y á Roma no vayas.»

—«¿Por qué?—Porque allí te esperan»

«la segur ó las ergástulas.»

LES. ¿Eso dijo?

BRU. Y no mentia

el buen viejo.

LES. Pues ¿qué pasa?

BRU. Hippias, esclavo de Sexto

y cómplice de su infamia,

públicamente en el Foro

me delató á la hora octava.

LES. ¿Y, te acusa?

BRU. De adulterio

con Lucrecia.

LES. ¡Horrible trama!

BRU. Ha probado, que de noche

suelo venir á Colacia  
y vuelvo cuando la aurora  
las sombras, curiosa, rasga.  
Dijo que esa puerta se abre.....

LES. Pero esas pruebas no bastan.

BRU. Un esclavo de Lucrecia  
las proporcionó más amplias.

LES. ¿Seyo?

BRU. Sí.

LES. ¡Traidor!

BRU. No. Siervo

que, la esclavitud degrada.  
Las cadenas le doblegan  
y por el fango se arrastra.

LES. Mas yo diré que te amo,  
y Lucrecia.....

BRU. ¡Desdichada!

Nada espere la inocencia  
del que escucha al que delata.  
Mas ¿Lucrecio y Colatino...?

LES. Aun les espero.

BRU. Ya tardan.

Mas no importa.

LES. ¿Qué pretendes?

BRU. Pues no hay justicia, ¡venganza!  
Ya es tiempo de que lo sepas.  
Antes que la sombra opaca  
envuelta como un sudario  
los despojos de mi pátria,  
si aun queda vergüenza en Roma  
y mis planes no fracasan,  
elegirá la victoria  
entre un pueblo y una casta.

Por esa via Latina  
 (Señalando por la puerta del foro hacia la derecha.)  
 acude gente con armas.  
 Son mis amigos.

LES. (Desde el foro.) Es cierto.  
 ¡Oh cielos!

BRU. ¿Y bien! ¿Qué? ¡Acaba!

LES. Mira. Un tropel de lictores  
 por ese camino avanza;  
 y, más cerca, una litera.  
 ¿Vendrán á prenderte?

BRU. ¡Oh, rábía!

LES. ¡Huye, Junio!

BRU. Al quedarme, huyo.....

LES. ¿De la muerte?

BRU. De la infamia.

Cada cual huye á su modo  
 de lo que más le acobarda.  
 Aquí convoqué á mis siervos  
 y hermanos en la desgracia  
 y han de hallarme muerto ó vivo.

LES. ¡Por mi amor! (Suplicante.)

BRU, No.

LES. ¡Por mi pátria!

BRU. Con martirios se la ilustra.

LES. Con victorias se la salva. (Con brio.)

Huye de muerte sin gloria.

Roma opresa lo demanda.

¡Las mujeres, al martirio;

los hombres á la batalla!

¡Vete!

BRU. ¡Cerrado está el paso!

LES. ¡Por allí hay salida franca! (Señala hácia la ventana.)

- BRU. ¿Huir!...
- LES. ¡Para triunfar!
- BRU. ¡Sea! (Salta por la ventana.)  
(Séptimo Lucrecio llega por el foro y vé salir à Bruto.)

## ESCENA VII.

### Lesbia y Séptimo Lucrecio.

- SEP. (Aparte.) ¡Un hombre á la via salta  
al verme llegar?
- LES. (Aparte.) ¡El padre  
de Lucrecia!
- SEP. ¿Qué haces?
- LES. Nada.
- SEP. (Aparte.) ¿Se ha turbado!
- LES. (Aparte.) ¿Le habrá visto?
- SEP. ¿Qué sucede en esta casa?  
Lucrecia me manda aviso  
de que ocurre una desgracia,  
y, al llegar, veo que un hombre  
huye por esa ventana. (Señala hácia la de la izquierda.)  
¿Quién era?
- LES. Mi prometido.
- SEP. ¿No mientes?
- LES. No.
- SEP. Poco te ama  
el que huye, como culpable,  
teniendo la puerta franca.  
¿Quién es él?
- LES. Es Lucio Junio.

- SEP. No en vano por loco pasa  
el que se roba á sí propio  
y del crimen se acobarda.  
¿Dónde está Lucrecia?
- LES. Mira. (Señala hácia la puerta  
primera derecha, por la cual sale Lucrecia.)
- SEP. Véte, Lesbia.
- LES. Escucha...
- SEP. ¡Basta!  
Por aquí puede entrar honra; (Señala hácia la puerta  
del foro.)  
por allí salió tu fama. (Señala hácia la ventana.)

## ESCENA VIII.

### **Séptimo Lucrecio y Lucrecia.**

- LUC. ¡Padre mio!
- SEP. ¡Lucrecia de mi vida!  
¿Qué sucede en Colacia? Aquí me tienes.
- LUC. Delante de mi esposo Colatino  
te debo responder únicamente.  
Muy pronto ha de llegar.
- SEP. Pero entretanto....  
¿por qué no has de decirme lo que sientes?  
¿Por qué brilla una lágrima en tus ojos  
y tu frente divina palidece?
- LUC. ¿Crees en la otra vida, padre mío?
- SEP. ¡Cuán extraña pregunta! ¿Tú no crees?
- LUC. Dicen que existe una región serena,  
en medio de ese espacio transparente,

adonde vá el perfume de las flores,  
 donde los ecos del suspiro ascienden  
 flotando en los espléndidos celages  
 que, pródigo, ilumina el sol naciente;  
 que, allí, el rumor dulcísimo de un beso  
 entre vapor de lágrimas se pierde  
 y, en olas de armonía, vaga el alma  
 si de la vil materia se desprende.

¿Crees en esa vida del espíritu,  
 eterna y sin dolor, en la que puede  
 un alma con otra alma confundirse  
 en éxtasis sublime para siempre?

SEP. Sí. Lucrecia. La vida de este mundo  
 de la partida es el instante breve.

¡Es la ola gigante que, á la orilla,  
 llega altanera, magestuosa y fuerte;  
 y, al encontrar un átomo de arena,  
 se transforma en espuma y desaparece!

LUC. Y, sin embargo, padre, todo acaba...  
 Vida tuvo, algún día, el polvo inerte.  
 La flor hermosa exhala su perfume  
 y, en las ondas del aura, desfallece;  
 herida por el dardo, se desploma  
 el águila que mira al sol de frente;  
 y, el árbol secular de la llanura,  
 al rudo embate de tormenta cede;  
 la montaña, coloso de granito,  
 hecha pedazos rueda en las vertientes  
 y sepulta las razas y los pueblos  
 y hasta las sepulturas de los seres.  
 Arcos triunfales, urnas cinerarias,  
 templos y anfiteatros, todo muere,  
 y de la eternidad en el abismo,



la gloria y el amor se desvanecen.

SEP. ¿Y por qué esas preguntas?

LUC. ¡Padre mío!

Tengo... el presentimiento de la muerte.

SEP. ¡Morir en el albor de la existencia?

¡Qué sería de mí!

LUC. (Aparte.) ¡Cielos, valedme!

SEP. En medio del desierto de la vida,  
luchando con el Ábrego inclemente,  
¡que sería del tronco carcomido  
si muriese la hiedra que le envuelve?

LUC. (Aparte.) ¿Cómo contarle mi desdicha ahora?

SEP. ¿No eres feliz...? ¿Tu esposo no te quiere?.

LUC. Sí, padre.

SEP. ¿Tú, no le amas?

LUC. ¡Si le quiero!...

Oye como nació mi amor ferviente.

Libre, como ese viento perfumado

que arrebató á las flores su fragancia;

alegre el corazón y descuidado,

con la felicidad de la ignorancia,

te dedicaba, padre idolatrado,

en los breves instantes de la infancia

los primeros halagos del cariño,

tiernas primicias del amor del niño!

Cuando la soledad de mi retiro,

la noche entre sus alas escondía,

vagos como los ecos de un suspiro,

ténues como el primer albor del día,

cruzar revueltos en extraño giro

con los ojos del alma distinguía

cuerpos sin forma, ensueños seductores

pintados con suavísimos colores.

Y cuando, al resplandor de la mañana  
 surcaban el espacio sonriente  
 caprichosos celages de oro y grana,  
 desaparecía sigilosamente  
 aquel ensueño como sombra vana  
 y, tornando en mi acuerdo lentamente,  
 sentía dilatarse en torno mío  
 el piélago insondable del vacío.  
 Era una tarde; el sol desde el ocaso  
 besaba la corola de las flores;  
 un hombre apareció; detuvo el paso;  
 me habló de mi belleza y sus amores;  
 y, al resplandor del fuego en que hoy me abraso,  
 dibujado con mágicos fulgores  
 ví flotar en sus ojos halagüeños  
 el hermoso fantasma de mis sueños.  
 La idea del amor, por vez primera  
 surgió del alma misteriosamente  
 y como flor que arranca, en la pradera,  
 el dulce halago del albor naciente  
 al candor de la vírgen primavera,  
 aquella idea germinó en la mente  
 y con la esencia de mi sér nutrida,  
 creció en la primavera de mi vida!

SEP. Pues si le amas así y eres dichosa,  
 ¿por qué con sombras se nubló tu frente?

LUC. Si hay otra vida, padre, y son viajeros  
 los que cruzan el mundo en tiempo breve;  
 si morir es llegar, ¿por qué entre lágrimas  
 el polvo miserable al polvo vuelve?

SEP. ¡Lucrecia!

LUC. ¿Me amas mucho, padre mío?

SEP. ¡Eso preguntas? ¿Cómo no quererte,

si hasta el sol te contempla enamorado,  
 el aura te acaricia dulcemente  
 y la noche solloza entre las flores  
 cuando la aurora se sonríe al verte?  
 ¡Hija mia!

LUC. ¿Recuerdas de mis nupcias,  
 aquel día tan triste y tan alegre  
 en que todos llorabais sonriendo  
 y mi madre lloraba amargamente?

SEP. ¡Oh! ¡Sí!

LUC. Apartando la nupcial corona  
 é imponiendo tus manos en mis sienes,  
 me dijiste: «Sé honrada, que á su honra  
 »sobrevivir una mujer no debe.»  
 ¿Recuerdas?

SEP. Sí

LUC. ¿Y aún piensas de ese modo?

SEP. ¿Cómo puedes dudarle? Las mujeres,  
 lo mismo que las flores del pantano,  
 cuando pierden su aroma, al lodo vuelven.  
 Pero ¿á qué recordarme esas palabras?

LUC. Ya lo sabrás cuando mi esposo llegue.

SEP. ¡Oh, qué sospecha! ¿Acaso?...

LUC. No prosigas  
 que tus preguntas pueden ofenderme.  
 Jamás un pensamiento vergonzoso (Lentamente).  
 mi espíritu agitó.

SEP. Pues honra tienes,  
 ven á mis brazos.... Vamos; ¿te he ofendido?  
 (Quiere abrazarla y Lucrecia le rechaza conmovida).

LUC. (Aparte). ¡Desdichada de mí!

SEP. ¿Sin duda quieres  
 que te pida perdón?

LUC. ¡Padre del alma!

Necesito estar sola... No te alejes,  
pues has de autorizar con tu presencia  
un acto triste, público y solemne.

SEP. Un abrazo.

LUC. No, padre.

SEP. ¿Le rechazas?

LUC. Sí

SEP. ¿Por qué causa?

LUC. Quiero... merecerle.

(Vase por la derecha llorando.)

## ESCENA IX.

### Séptimo Lucrecio.

¿Qué misterio denuncia su tristeza?  
¿Por qué habló de su amor, de honra y de muerte?  
¿Por qué no me abrazó? ¿Será culpable?  
¡No lo puedo creer! Ella no miente,  
y juró que era honrada... ¡Ay del que fía  
en la fragilidad de las mujeres!  
(Lesbia sale apresuradamente por el foro.)

## ESCENA X.

Dicho, **Lesbia**, un **Edil**, y **Lictores**.

LES. ¿Lucrecia!

SEP. ¿Dónde vés, Lesbia?

¿Qué sucede?

LES. ¿Qué se yo!

¡Quieren prenderla!

SEP.                           ¿A mi hija?

¿Has perdido la razón?

LES.   ¡Pronto! ¡Huye con ella!

SEP.   ¡Nunca!

(Llegan por el foro un Edil y dos Lictores.)

LES.                   ¡Mírales!

SEP.                   ¿Soñando estoy!

¿Lictores en esta casa?

¿Qué quereis?

EDIL.                   Triste misión

(Con lentitud y tristeza.)

me impone la ley severa.

SEP.   ¿Qué dices?

EDIL.                   Lée y ¡valor!

(Le entrega unas tablas que lee Séptimo.)

SEP.   ¿Lucrecia... por adulterio  
condenada?... ¡Maldición!

EDIL.   La ley...

SEP.                   ¡La ley es infame (Con brío.)

si ese oprobio decretó,

lanzando sobre mis canas

estigma de deshonor!

EDIL.   Mas Lucrecia...

SEP.                   Es inocente.

EDIL.   ¿Qué pruebas...?

SEP.   (Con brío.)   Lo afirmo yo,

que he leído su inocencia

escrita en su corazón.

¡Salid!

EDIL.   Sin ella, imposible;

y á todo resuelto estoy.

Perdóname.

SEP.                   ¿No hay remedio?

EDIL. Ninguno, y me pesa.

SEP. ¡Oh!

¿Puedes dejarme un momento  
á solas con mi hija?

EDIL. No

me lo han prohibido.

SEP. (Con resolución.) Entonces  
dejadme sin dilación.

Antes que la ley de Roma  
está la ley del honor.

EDIL. ¿Lucrecio!

SEP. Dentro de poco (Sombrio).

venid por Lucrecia. Os doy  
palabra de que no hará  
resistencia. — ¡Idos!

LES. ¡Perdón!

(Arrojándose á los piés de Séptimo Lucrecio que no  
la mira.)

SEP. Llevaos á esa mujer. (A los Lictores).

(Vansé por el foro el Edil y los Lictores con Lesbia.)

Ahora nos toca á los dos.

(Saca un puñal.)

## ESCENA XI.

**Séptimo Lucrecio; después Junio Bruto.**

SEP. Es preciso acabar... Mas ¿por qué tiembla  
sobre mi hierro la crispada mano?

¿Lucrecia criminal! ¿Junio su amante?

¡Él! ¡Un loco? ¡Imposible! y, sin embargo,  
decreto inícuo pregonó mi afrenta...

La ley castiga y su rigor acato.

De aquí saldrá Lucrecia entre Lictores;  
¡mas sobre ella este hierro irá clavado!

(Se dirige precipitadamente hácia la puerta de la derecha con ademán amenazador. Junio Bruto, que ha entrado por la ventana y oye el final del monólogo de Séptimo, le cierra el paso.)

BRU. ¡Detente! ¿Dónde vas?

SEP. (Rápido.) ¿Tú?... ¡Miserable!

¡El averno te pone ante mis pasos!

¡Tú, primero; luego, ella!

(Vá á herirle. Lúcio Junio Bruto se cruza de brazos.)

BRU. Estoy sin armas

y nunca te ofendí.

SEP. ¡Tú has profanado

el augusto recinto de Colacia!

BRU. Repetir la calumnia, infiere agravio.

Yo amo á Lesbia.

SEP. ¡Has mentido!

BRU. Te perdono.

Loco y viejo: dos veces insensato.

SEP. ¡Esa injuria...! ¡Defiéndete!

(Le arroja á los piés una espada que coje de la panoplia.)

BRU. ¡Estás loco! (Con frialdad.)

SEP. ¡Pues prefieres morir asesinado,

sea! (Le arremete y vá á herirle. Colatino aparece en la puerta del foro, seguido de Publio Valerio; y Lucrecia llega por la derecha, vestida de luto.)

COLA. ¡Padre, detente!

LUC. ¿Colatino!

COLA. ¿Qué ocurre?

(Se oye á lo lejos una campana de timbre grave, que toca lentamente.)

LUC. Sólo yo podré explicaros

lo que ya anuncia en el sagrado pórtico,

por orden mía, el toque de rebato.

COLA. ¡Habla!

ESCENA FINAL.

**Lucrecia, Colatino, Séptimo Lucrecio, Lucio Junio Bruto, Publio Valerio;** después el **Edil** y los **Lictores**.

- (Lucrecia se quita el anillo nupcial y se lo entrega á Colatino.)
- LUC. Tu casto lecho ¡oh, Colatino!  
holló la planta impura de un extraño.
- COLA. ¡Oprobio y maldición! ¿Qué es lo que dices?  
(Con mucho brío.)
- LUC. Óye y véngame luego.
- COLA. ¡Sí!
- LUC. ¡Acercaos! (A todos.)  
No perdais ni una frase de esta historia  
y escribidla con sangre de tiranos.  
(Todos la rodean con ansiedad.)  
Bajo este honrado techo  
halló hospitalidad un hombre osado,  
que en nombre de mi esposo la pedia;  
y, antes que despuntase el nuevo día,  
oí desde mi lecho  
el ruego vergonzoso del malvado.  
¡Era Sexto Tarquino!  
Al ver por mi desprecio y energía  
que, al deshonor, la muerte prefería,  
«Cede á mi amor,»—me dijo el libertino—  
»que aún puede ser tu suerte  
mucho más espantosa que la muerte.»  
«Si mi ruego amoroso  
»rechazas, sobre el lecho de tu esposo



»haré poner un siervo degollado  
 »y diré á Roma entera  
 »que fué de esa manera  
 »por infame adulterio castigado.»

¡El rubor de mi frente  
 os contará mi horrible desventura!

COLA. ¿Tú, sin honra, Lucrecia! (Con brio.)

LUC. ¡El alma es pura! (Con orgullo.)

Sólo mi cuerpo ha sido delincuente!

Honra no tengo. Compasión no imploro.

¡Jamás una mujer, si algo se aprecia,  
 para sobrevivir á su decoro  
 podrá invocar el nombre de Lucrecia!

COLA. ¡Venganza! (Gritando; á J. Bruto.)

BRU. ¡La tendrás!

LUC. ¿Quién al tirano

osará castigar?

BRU. Mi esfuerzo, unido

al esfuerzo del pueblo soberano.

(Empieza á oirse á lo lejos la música de un himno triunfal  
 y los gritos del pueblo que victorea á Tarquino al salir  
 del Anfiteatro.)

LUC. Escucha. Ese es un pueblo envilecido.

(Con amargura.)

¡Oye!... ¡Un himno triunfal! ¡La patria mia  
 embriagada de sangre, vá á la orgía,  
 proclamando la gloria del tirano!

Sangre á la hiena escita:

sangre el pueblo romano necesita.

(Cesa la música del himno.)

COLA. Y ¿qué pretendes?

LUC. En mi triste historia

escribir una página de gloria

que nunca olvide el pueblo degradado,

que con flores adorna sus cadenas:

¡abrid todas las puertas y á esas hienas  
arrojadlas mi cuerpo ensangrentado!

(Saca un puñal rápidamente y se le clava en el corazón. Todos lanzan un grito de horror. Séptimo Lucrecio y Publio Valerio sostienen á Lucrecia. Colatino cae desfallecido sobre el lecho, y Junio Bruto, tomando el puñal que le entregará Lucrecia, cuando lo indique el diálogo, se aleja del grupo principal, de manera que todas las figuras queden en la disposición que ocupan en el cuadro de Rosales).

COLA, ¡Lucrecia!

SEP. ¡Hija!

BRU. ¡Qué has hecho?

LUC. Aquí... podía...

(Con voz entrecortada y señalando á su pecho donde ha quedado clavado el puñal.)

llevar... el germen de la tiranía...

¡El seno... impuro... desgarró... mi mano...

por sí... encerraba... al hijo del tirano!

(A Lucio Junio Bruto, entregándole el puñal que se arranca de la herida.)

Tú... que no lloras... ¡Toma!

BRU. ¿Hierro y sangre me dás?

LUC. (Señalando á su pecho.) Hierro... homicida...

No olvides... que los lábios... de esta herida...

anuncian... ya, la libertad... de Roma...

(Coro fuera.)

## CORO. (1)

¡Viva el rey Tarquino,  
el austero juez  
hermano de su pueblo,  
escudo de la ley!

(1) La música del coro va impresa después de esta escena.

Venid á la orgía;  
brindemos por él.  
¡Feliz el pueblo  
que tiene tal rey!

(Lucrecia desfallece poco á poco; los demás expresan durante el coro, la emoción propia del caso y del carácter respectivo, procurando dar el mayor interés á este cuadro mudo.)

SEP. ¡Lucrecia!

COLA. ¡Esposa mia!

BRU. El cuerpo yerto (Con rudeza.)  
tan sólo necesita sepultura.

Apartaos de ahí. ¿No veis que ha muerto?

(A Colatino.)

Tus lágrimas enjuga, Colatino.

¡Brío se necesita; no amargura!

(Levantando el puñal hácia la estatua de los Lares, dice:)

Por esta noble sangre, antes tan pura,  
juro ¡oh dioses! sin tregua ni sosiego  
perseguir con el hierro y con el fuego  
y exterminar la raza de Tarquino!

(Llegan por el foro el Edil y los dos Lictores.)

EDIL. ¿Adonde está Lucrecia?

BRU. (Señalando hacia Lucrecia.) *Aquello* ha sido.

EDIL. ¿Ha muerto?

LUC. ¡Aun... no...! (Incorporándose con energía.)

¡De pié...! (Muere.)

BRU. Llevadla al Foro;

y, á ese Senado abyecto y corrompido  
que el clamor de los débiles desprecia  
y al pueblo criminal que lo ha sufrido,  
enseñará las leyes del decoro  
el sangriento cadáver de Lucrecia.

EDIL. ¡Sangre?

BRU. ¡Si! Sangre y muerte; (Con energía.)

*P. Pelon*

la afrenta, como paga del guerrero;  
en vez de un héroe, un déspota altanero;  
en vez de un pueblo victorioso y fuerte,  
una turba que ahuyenta el extranjero;  
y, en vez de Roma, estúpida ralea  
de siervos que con sangre se recrea.

COLA. ¡Libertad!

TODOS. ¡Libertad!

BRU. ¿La quieres, Roma?

Pues eso no se pide. ¡Eso... se toma! (Mucho brio.)

FIN DEL CUADRO TRÁGICO.





# LA MUERTE DE LUCRECIA.

CORO correspondiente á la escena final.

MÚSICA Y LETRA DE LEOPOLDO CANO.

ORO

LAUTAS

TRPA

Vi - vael Rey Ter - qui - no el aus -

The first system of the musical score consists of a vocal line and piano accompaniment. The vocal line is written in a treble clef with a key signature of two flats (B-flat and E-flat) and a common time signature. The lyrics are "Vi - vael Rey Ter - qui - no el aus -". The piano accompaniment is written in a grand staff (treble and bass clefs) with the same key signature and time signature. The piano part features a simple harmonic accompaniment with a steady bass line.

te - ro Juez her - ma no de su

The second system of the musical score continues the vocal line and piano accompaniment. The vocal line lyrics are "te - ro Juez her - ma no de su". The piano accompaniment continues with the same harmonic structure, providing a steady accompaniment for the vocal melody.

pue - blo es - cia vo de la ley ve

The third system of the musical score concludes the vocal line and piano accompaniment. The vocal line lyrics are "pue - blo es - cia vo de la ley ve". The piano accompaniment continues with the same harmonic structure, providing a steady accompaniment for the vocal melody.



rid á la or - gi - a brin

de - mos por el fe -

liz el pue - blo que

tie - ne tal Rey

The first system of the musical score consists of four staves. The top two staves are for the vocal line, with the lyrics "tie - ne tal Rey" written below the notes. The bottom two staves are for the piano accompaniment, showing chords and melodic lines in both hands. The key signature has two flats (B-flat and E-flat), and the time signature is 3/4.

fe - liz el pue - blo que

The second system of the musical score consists of four staves. The top two staves are for the vocal line, with the lyrics "fe - liz el pue - blo que" written below the notes. The bottom two staves are for the piano accompaniment. The key signature and time signature remain the same as in the first system.

tie - ne tal Rey

The third system of the musical score consists of four staves. The top two staves are for the vocal line, with the lyrics "tie - ne tal Rey" written below the notes. The bottom two staves are for the piano accompaniment. The key signature and time signature remain the same as in the previous systems.











